

CRISTO, UN ESPÍRITU VIVIFICADOR

Domingo de Resurrección

¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?

No está aquí, ha resucitado. (Lc 24,5-6)

Tal es la pregunta triunfante con que los Santos Ángeles ahuyentan la tristeza de las mujeres en la mañana de la resurrección de Cristo. “Oh vosotras de poca fe”, con menos fe que amor, con más obediencia que comprensión, ¿por qué venís a unguir su cuerpo al tercer día? ¿Por qué buscáis al Salvador vivo en la tumba? El tiempo de angustia se ha acabado; la victoria ha llegado, de acuerdo a su Palabra, y vosotras no lo recordáis. “¡El no está aquí, ha resucitado!”.

Estos fueron actos realizados y palabras dichas hace mil ochocientos años; hace tanto tiempo, que en el pensamiento del mundo son como si nunca hubieran existido, pero no obstante, continúan siendo verdaderas y válidas hasta hoy. Cristo es ahora, para nosotros, lo mismo que fue con todos sus atributos gloriosos en la mañana de la resurrección, y nosotros somos aún más dichosos en saberlo de lo que fueron aquellas mujeres a quienes los Ángeles hablaron, de acuerdo a la propia afirmación de Cristo: “Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29).

En ésta, la más importante de las Festividades, intentaré presentar ante vosotros uno de los muchos temas consoladores de reflexión que ella sugiere.

1. Primero, observemos cómo armoniza la resurrección de Cristo con la historia de su nacimiento. David anticipó: “no me entregarás a la muerte” (es decir, al estado invisible), ni dejarás a “tu santo ver la corrupción” (Sal 16,10). Y en cuanto a esta profecía, San Pedro dice que “no era posible que quedara bajo el dominio de la muerte” (Hechos 2,24-27), como si un vigor innato estuviera oculto en El, y protegiera sus fuerzas por un tiempo, pero nada pudo descomponerlo. “No permitirás a Tu *Santo* ver la corrupción”, dice la Escritura, y en otro lado lo llama “el *Santo* siervo Jesús” (Hechos 4,27).

Estas expresiones llevan nuestros pensamientos al anuncio de los Ángeles en su nacimiento, en el que está implícita su naturaleza incorruptible e inmortal. “Aquello *Santo*” que nació de María, era “el Hijo”, no de hombre, sino “de Dios”. Todos los otros han nacido en pecado, “a semejanza de Adán, según su imagen” (Gen 5,3), y nacidos en pecado son herederos de la corrupción “por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y la muerte”, con todas sus consecuencias, “por el pecado” (Rom 5,12). Ningún ser humano entra en la existencia sin el discernimiento de Dios de las evidencias del pecado que acompaña a su nacimiento. Pero cuando la Palabra de Vida se manifestó en nuestra carne, el Espíritu Santo extendió la mano creativa que en el principio formó a Eva, y el Santo Niño, así concebido por el poder del Altísimo, fue -como la historia lo demuestra- inmortal aún en su naturaleza mortal, tan libre de toda infección del fruto prohibido, que fue impecable e incorruptible. Por eso, aunque estuvo sujeto a la muerte, “Fue imposible que ésta le *retuviera*”. La muerte pudo prevalecer pero no pudo tomar

posesión, “no tuvo dominio sobre El” (Rom 6,9). En las palabras del texto, El es el “vivo entre los muertos”.

De aquí que su resurrección de entre los muertos puede decirse que puso en evidencia su origen divino. El fue “*constituido* Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad”, es decir, su esencial divinidad “por su resurrección de entre los muertos” (Rom 1,4). Los jefes judíos le habían condenado por blasfemo, “porque El se declaró el Hijo de Dios” (Mt 27, 63-65), y fue llevado a la muerte de cruz no solo como un castigo, sino como una refutación práctica de su pretensión. Sus enemigos le desafiaron en cuanto a esto: “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz” (Mt 27, 40). De este modo su crucifixión fue como una prueba, como un nuevo experimento de parte de Satanás, que antes le había tentado, para ver si era como los demás hombres, o si era el Hijo de Dios.

Contemplad el hecho. Jesús fue obediente hasta la muerte, cumpliendo la ley de aquella naturaleza desheredada que El había asumido, y padeciéndola pudo redimirnos de nuestros pecados. Todo fue permitido por el “consejo determinante y la presciencia de Dios”, pero allí terminó el triunfo de sus enemigos, por así decir, terminó con lo que era necesario para nuestra redención, y El dijo: “Todo está cumplido” (Jn 19,30), porque su humillación, cuando expiró, había llegado al más profundo abismo. Inmediatamente, algunas señales incipientes demostraron que la verdadera victoria estaba con El. Primero, el temblor de tierra y otras maravillas en cielo y tierra, cosas que fueron más que suficientes para justificar el juicio del centurión en cuanto a la pretensión de Jesús, pues de inmediato dijo: “Verdaderamente éste *era* el Hijo de Dios” (Mt 27,54). Luego siguió su descenso al infierno y su triunfo en el mundo invisible, fuera lo que fuera. Y por último, aquel acto glorioso de poder en la tercera mañana, que hoy conmemoramos. El muerto resucitó. La tumba no pudo retener a quien “tenía vida en sí mismo”. Resucitó como un hombre se despierta naturalmente por la mañana cuando le abandona el sueño. La corrupción no tuvo poder sobre ese sagrado cuerpo, fruto de una concepción milagrosa. Los lazos de la muerte fueron rotos como ramas secas, y con esa debilidad atestiguaron que El era el Hijo de Dios.

Tal es la relación entre el nacimiento y la resurrección de Cristo, y más aún podría arriesgarse en lo que respecta a su naturaleza incorruptible si no fuera mejor evitar todo riesgo de transgredir la reverencia con la que estamos obligados a considerarla. Algo podría decirse en lo que concierne a su apariencia personal, que parece haber llevado las marcas de quien no fue manchado por el pecado original. Los hombres casi no podían abstenerse de darle culto. Cuando los fariseos mandaron apresarle, todos los oficiales, en el momento en que Jesús se da a conocer como aquél a quien buscaban, caen de espaldas ante su presencia. Se atemorizaron tanto como se dice se atemorizan las bestias a la voz del hombre. De este modo, creado a imagen de Dios, El era el segundo Adán, pero mucho más que Adán, en su naturaleza secreta, que destellaba con majestuosa pureza y esplendor, a través de su tabernáculo de carne, aún en los días de su humillación. “El primer hombre, salido de la tierra, es terrenal; el segundo, viene del cielo” (1 Cor 15,47)

2. Si tal fue la majestad visible mientras estaba aún sujeto a la tentación, debilidad y dolor, mucho más abundante fue la manifestación de su divinidad cuando resucitó de entre los muertos. Entonces, la esencia divina se derramó en todas direcciones, por así decirlo, y envolvió su humanidad como en una nube de gloria. Su sagrado cuerpo estaba tan transfigurado, que quien se había dignado nacer de una mujer y colgar de la cruz, tenía una sutil virtud en sí, como un espíritu, de pasar a través de las puertas cerradas, hacia el lugar donde estaban reunidos sus seguidores. Condescendió al juicio de sus

sentidos, para mostrarles que no era un mero espíritu el que hablaba, sino El mismo, como era antes, con las manos heridas y el costado traspasado. Se les manifestó en este estado exaltado, para que pudieran ser sus testigos ante la gente, testigos de aquellas verdades separadas que la razón humana no puede combinar: inhabitado por la Palabra Eterna. Ellos le tocaron, le vieron ir y venir cuando las puertas estaban cerradas, sintieron lo que no podían ver, pero pudieron atestiguar aún frente a la muerte que Cristo era “su Señor y su Dios”. Fue una triple evidencia: primero, de su muerte redentora, luego de su propia resurrección hacia la gloria, y por último, de su poder divino para conducirlos a salvo hasta ella. Así, manifestado como perfecto Dios y perfecto hombre, en la plenitud de su soberanía y de la inmortalidad de su santidad, ascendió a los cielos para tomar posesión de su reino. Allí permanece hasta el último día, “Maravilloso, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la paz (Isaías 9,6).

3. Ascendió a los cielos para poder apelar por nuestra causa ante el Padre, y como está dicho, “vive para siempre para interceder por nosotros” (Hechos 7,25). Pero no debemos suponer que al dejarnos cerró la economía de gracia de su encarnación, ni que apartó el ministerio de su incorruptible humanidad, de su obra amorosa de misericordia hacia nosotros. “El Solo Santo de Dios”, murió por nosotros, pero también fue el “comienzo” de una nueva “creación” para la santidad en nuestra estirpe pecadora: remodelar alma y cuerpo a su semejanza, para que pudieran ser “elevados juntos y sentados en los cielos, en Cristo Jesús”.

¡Bendito sea por siempre su santo nombre!, porque antes de irse recordó nuestra necesidad y completó su obra, legándonos un modo especial de acercarnos a El, un santo misterio en el que recibimos -no sabemos cómo- la virtud de ese Cuerpo Celestial, que es la Vida de todos los que creen. Este es el santo sacramento de la Eucaristía, en el que “Cristo se muestra crucificado entre nosotros”, para que celebrando el Sacrificio podamos ser “partícipes de la divina naturaleza”. Pongamos atención para no estar en el número de los que “no discernen el Cuerpo del Señor” (1 Cor, 11,28-29) y las “promesas extraordinariamente grandes y preciosas” hechas a quienes lo comparten. Como en esto hay cierto peligro, haré unas breves observaciones en lo que respecta a este gran don, y roguemos a Dios para que nuestras palabras y pensamientos sean acordes a su indecible carácter sagrado.

Cristo dice: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo”, y luego, ‘Por que yo vivo también vosotros viviréis’ (Juan 5,26; 14,19). Entonces, parece que así como Adán es el autor de la muerte para toda la raza humana, así Cristo es el origen de la inmortalidad. Cuando Adán comió del fruto prohibido, fue como un veneno extendiéndose por toda su naturaleza, cuerpo y alma, y desde entonces a través de todos sus descendientes. Cuando Adán fue puesto en el jardín, Dios le dijo: “el día que comieres de él, morirás sin remedio” (Gen 2,17), y expresamente se nos dice a nosotros: “en Adán *todos* morimos”. Todos nacemos herederos de esa infección de la naturaleza que siguió a la caída. Pero también se nos dice: “del mismo modo que en Adán todos mueren, así todos revivirán en Cristo” (1 Cor, 15,22), y la misma ley de la providencia de Dios se mantiene en ambos casos. Adán disemina veneno, Cristo difunde Vida Eterna. Cristo nos comunica Vida a cada uno, por medio de esa naturaleza santa e incorruptible que El asumió para nuestra redención. Cómo, no lo sabemos, sin embargo, aunque invisible, es seguramente por una comunicación real de sí mismo.

Por eso San Pablo dice que “el último Adán fue hecho” no simplemente “alma viviente”, sino “Espíritu *vivificador*”, o dador de vida, por ser “el Señor que viene del cielo” (1 Cor 15,45.47). También, en sus propias palabras llenas de gracia, Cristo es “el

Pan de vida”, “el Pan de Dios que baja del cielo y da la vida al mundo”, o más simplemente, “Yo soy el Pan que bajo del cielo”, “Yo soy el Pan de vida”, “Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este Pan vivirá eternamente, y el pan que yo le daré es mi carne, para la vida del mundo”. Y aún más claramente dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día” (Juan 6,33-54).

Misteriosa y sagrada como es, ¿por qué debemos considerar increíble esta comunión con El, cuando sabemos por el Evangelio cuán maravillosamente obró en los días de su humillación hacia aquellos que se acercaban a El? En una ocasión, se nos cuenta que “toda la gente procuraba tocarle, porque salía de El una *virtud* que sanaba a todos” (Lucas 6,19). También cuando la mujer que padecía flujo de sangre le tocó, “al instante Jesús se dio cuenta de que esa virtud había salido de El” (Marcos 5,30)¹. Esta gracia era invisible y por eso se conocía sólo por la cura que ella efectuaba, como en el caso de la mujer. No dudemos, aunque no tengamos una aproximación sensitiva de El, de que Cristo aun puede darnos la fuerza de su pureza e incorrupción, como lo prometió, y de una manera más celestial y espiritual que “en los días de su carne”, de un modo que quita no sólo las dolencias de este estado temporal, sino que siembra la semilla de la vida eterna en el cuerpo y en el alma. No le neguemos la gloria de su santidad dadora de vida, esa gracia difusiva que es la renovación de toda nuestra raza, un espíritu vivo, poderoso y traspasador, que puede levantar toda la masa de la corrupción humana y hacerla vivir. Cristo es el primero de los frutos de la resurrección. Nosotros le seguimos cada uno en su propio orden, al ser santificados por su presencia interior. Y en este sentido, entre otros, Cristo “está formado en nosotros”, según la frase de la Escritura, es decir, que se nos comunica su nueva naturaleza, que santifica el alma y hace inmortal el cuerpo. De igual manera oramos en la Comunión para que “nuestros cuerpos pecadores queden limpios por su Cuerpo y nuestras almas lavadas por medio de su preciosísima Sangre, y para que podamos cada vez más habitar en El y El en nosotros”².

Tal es, entonces, nuestro Salvador resucitado, en sí mismo y para nosotros: concebido por el Espíritu Santo, santo desde el vientre materno, muerto pero desechando la corrupción, resucitado al tercer día por su propia vida inmanente, exaltado como el Hijo de e Hijo del Hombre, para elevarnos tras de Sí, colmándonos incomprensiblemente de su naturaleza inmortal, hasta que nos hagamos semejantes a El, colmándonos de una vida espiritual que puede expulsar el veneno del árbol de la ciencia y reintegrarnos a Dios. ¡Qué maravillosa obra de gracia! Fue extraño que Adán debiera ser nuestra muerte, pero más extraño aún y muy lleno de gracia que Dios mismo debiera ser nuestra vida, por medio de ese tabernáculo humano que Cristo ha asumido para Sí.

¡Bendito día de la resurrección, que desde antiguo se le llamó la Reina de las Festividades, y que despertó entre los cristianos un deseo ansioso, no contenido, de honrarlo debidamente! ¡Bendito día, que solamente una vez transcurrió en la tristeza, cuando el Señor realmente resucitó y los discípulos no lo creyeron; pero desde entonces

¹ Newman, junto a las notas bíblicas, pone la siguiente nota a este pasaje del Sermón: *Ver Knox sobre la Eucaristía, Remains, vol II*. Se refiere al teólogo anglicano de la Iglesia Alta, Alexander Knox (1757-1831), muerto el mismo año de este Sermón. Y su obra *Treatise on the Use and Import of Eucharistic Symbols* (Tratado sobre el uso y la importancia de los símbolos eucarísticos), publicado más tarde en *Remains of A.Knox*, en 1834.

² Oración que reza el sacerdote según el rito anglicano de la “Cena del Señor”, antes de la consagración, en nombre de todos los fieles, tal como está prescripto en *The Book of Common Prayer*, el Libro que contiene toda la liturgia de la Iglesia Anglicana, como es nuestro Misal.

un día de gozo para la fe y el amor de la Iglesia! En los tiempos primitivos, los cristianos de todo el mundo lo comenzaban con un saludo matutino. Cada hombre decía a su prójimo: “Cristo ha resucitado” y el otro le respondía: “En verdad Cristo ha resucitado, y se ha aparecido a Simón”. Aún para Simón, el discípulo cobarde que le negó tres veces, Cristo ha resucitado. Y también ha resucitado para nosotros, que hace mucho tiempo prometimos solemnemente obedecerle, y que tan frecuentemente le hemos negado delante de los hombres, que tan frecuentemente hemos tomado partido con el pecado y seguido al mundo, cuando Cristo nos llamó por otro camino.

“En verdad Cristo ha resucitado y aparecido a Simón”, a Simón el apóstol favorecido, sobre quien la Iglesia está edificada, Cristo se ha aparecido. Se ha aparecido Santa Iglesia primero de todo, y en la Iglesia dispensa los favores que el mundo no conoce. ¡Felices los que conocen su bendición, los que pueden, como nosotros, semana tras semana y festividad tras festividad, buscar y encontrar en la Santa Iglesia al Salvador de sus almas! ¡Felices aquellos más allá de todo lenguaje o pensamiento, a quienes les es concedido recibir las señales de su amor, que el ser humano no puede obtener de otra manera, las promesas y los medios de presencia extraordinaria en el Sacramento de su Cena! ¡Felices quienes pueden comer y beber el alimento de la inmortalidad y recibir vida del costado sangrante del Hijo de Dios!

¿Por qué extraña frialdad de corazón o perversa superstición, el que se llama cristiano se mantiene alejado de ese rito celestial? ¿No es muy penoso que deba existir alguien que tema compartir la más grande bendición concebible que pueda venir sobre los hombres pecadores? ¿Qué es en verdad ese temor sino sólo la incredulidad, una obstinación servil a amar el pecado, que conduce al ser humano año tras año a vivir sin el sustento espiritual que Dios ha provisto para él? ¿Es acaso extraño que, a medida que pase el tiempo, aprenda deliberadamente a dudar de la gracia que le otorga este sustento, que ya no considere más la Cena del Señor como un banquete celestial, o al Ministro del Señor como el vaso elegido, o a esa Santa Iglesia en la que lo celebra como un Rito divino, para ser atesorado como el legado de despedida de Cristo a un mundo pecador? ¿Es asombroso que viendo no vea, y oyendo no oiga, y que considerando superficialmente todos los dones de Cristo, no sienta ninguna reverencia por la “casa del tesoro” en la que esos dones están alojados?

Pero nosotros, que confiamos en que mientras hagamos la voluntad de Dios, cuanto más nos adherimos estrictamente a esos ritos y reglas que su Hijo nos ha dejado, podemos regocijarnos humildemente en este día, con un gozo que el mundo no puede arrebatarnos más de lo que comprende. En verdad, en este tiempo de increpación y blasfemia, sólo podemos ser moderados y sumisos en nuestro regocijo, pero nuestra paz y gozo podrán ser más profundos y plenos por esa misma seriedad. Porque nada puede herir a los que llevan en su interior a Cristo. Ni la prueba ni la tentación, ni el tiempo de tribulación, ni el tiempo de riqueza, ni el dolor, ni el despojo, ni la ansiedad, ni la angustia, ni los insultos del enemigo, ni la pérdida de los bienes materiales, nada puede “separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8,39). Esto, hace mucho que el Apóstol nos lo dijo, pero nosotros, en esta era del mundo, por encima de su palabra, tenemos la experiencia de muchos siglos para nuestro consuelo. Tenemos su propia historia, que nos muestra cómo Cristo, dentro nuestro, es más fuerte que el mundo que nos rodea, y prevalecerá. Tenemos la historia de todos sus compañeros sufrientes, de todos los Confesores y Mártires de los tiempos primitivos y desde entonces, para mostrarnos que el brazo de Cristo “no es corto como para no poder salvar”, que la fe y el amor tienen una morada real sobre la tierra, que venga lo que viniere, su gracia es suficiente para su Iglesia y su fuerza se muestra perfecta en la

debilidad, que “El la conducirá y liberará, aún en la madurez y en la ancianidad”, que en cualquier época que los poderes del mal presenten batalla, los Mártires y los Santos avanzarán nuevamente y resucitarán de entre los muertos, tan numerosos como nunca antes lo habían sido, aún “las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en sus manos” (Apocalipsis 20,4)

Entre tanto, mientras Satanás solo amenaza, poseamos nuestros corazones en la paciencia, tratemos de mantenernos tranquilos, intentemos obedecer a Dios en todo, en lo pequeño como en lo grande, cumplamos con las obligaciones de la vocación que tenemos delante, día tras día, y “no os preocupéis del mañana, porque a cada día le basta su propio mal” (Mateo 6,34)